

EN LA SEVILLA DE LOS AÑOS CINCUENTA

JOSÉ LUIS ILLANES MAESTRE*

Al evocar la Sevilla de los años cuarenta y cincuenta, vienen a mi memoria una serie de ámbitos entre los que transcurrió mi vida y de los que me considero, en más de un aspecto, profundamente deudor.

En primer lugar, y no sólo por razones cronológicas, mi propio hogar: una amplia casa de la calle Muñoz y Pabón, con patio de estilo sevillano; la figura erguida y profundamente andaluza de mi padre; la vivaz y hondamente levantina (valenciana) de mi madre... Si tuviera que describir todas la facetas de mi adolescencia, debería hablar —y largamente— de ese hogar, y de otros contextos familiares. Ocupándome sobre todo de los aspectos culturales, puedo centrar la atención en mi padre, José Luis Illanes del Río. Abogado, miembro de la Asociación Católica de Propagandistas, avezado en mítines y en reuniones políticas, promotor activo de los sindicatos católicos agrarios, concejal y teniente alcalde de Sevilla, diputado por la CEDA para el parlamento de la República en las elecciones de 1934, me transmitió no sólo una vivida fe cristiana, sino también una aguda conciencia de la responsabilidad que, incluso en lo social, esa fe comporta.

Alejado de la política cuando, a partir de 1939, se instauró un régimen que no coincidía con sus convicciones, no manifestó en ningún momento signos de amargura, ni gustó de lamentos o de recriminaciones; al contrario, de él se desprendía una innata nobleza y una arraigada serenidad. En charlas y conversaciones, particularmente cuando acudían a nuestra casa algunos de sus amigos, dejaba transparentar con claridad el ideal de una vida profesional y pública coherente con el sentido de la vida y la conciencia de dignidad del hombre que derivan de la fe católica, y, como prolongación de todo ello, el de una democracia cristianamente inspirada. Sin vio-

* Profesor Ordinario de la Facultad de Teología, Universidad de Navarra. Profesor de los Cursos Universitarios de la Asociación de La Rábida.

lentar jamás mi libertad, más aún, sin intentar atraerme hacia sus convicciones políticas, su porte, su actitud y su ejemplo me marcaron profundamente, también en lo intelectual.

El «alma mater» sevillana

Alargando la mirada, tropiezo inmediatamente con las instituciones en las que recibí la formación escolar y académica: el Colegio de Villasís (y, por un año, de Portaceli), con la pedagogía y las tradiciones de la Compañía de Jesús, y la Universidad sevillana, en cuya Facultad de Derecho ingresé en 1951. El antiguo edificio de la calle Laraña, con su fachada sencilla pero solemne, sus patios y aulas y sobre todo su ambiente, resultan, para quien los frecuentó en aquel tiempo, difíciles de olvidar. El número de estudiantes era en aquellos años —como en casi todas las universidades españolas de la época— más bien reducido, y la convivencia, por tanto, no sólo agradable sino incluso familiar. La seriedad y disciplina de Francisco de Pelsmaeker, la afabilidad de Ignacio María de Lojendio, la personalidad singular de Ramón Carande, la ironía de Alfonso de Cossío, la seriedad amable de Faustino Gutiérrez Albiz y de Manuel Clavero, las disputas —en ocasiones ruidosas, y siempre estimulantes— entre Manuel Giménez Fernández y Mariano Aguilar Navarro, de una parte, y Francisco Elías de Tejada, de otra, junto con otros sucesos y otros nombres que podrían citarse, daban vida a un claustro de profesores que, a través de su variedad, introducía a los alumnos no sólo en el estudio del derecho sino, además, en esa sociedad y en ese mundo de la cultura al que el derecho hace siempre referencia.

La universidad española de la primera mitad de los cincuenta fue el crisol donde se sembraron las inquietudes y comenzaron a germinar las actitudes que configurarían, años más tarde, el panorama socio-cultural de nuestro país. El *alma mater* sevillana no fue ajena a ese proceso, aunque, de acuerdo con ese carácter familiar al que antes me refería, lo vivió con menos crispación que en otros lugares. Todavía recuerdo el aire de conspiración con que acudíamos al cine club promovido por el SEU (el Sindicato Estudiantil Universitario, oficial pero marcado por aires reformistas), para poder contemplar películas como *El acorazado Potemkin*, de Eisenstein, o *Quai de brumes*, de Marcel Carné, prohibidas por la censura e inaccesibles en otras salas; la atención con que seguíamos las discusiones en torno a la figura de Ortega, la polémica sobre el ser de España —con problema o sin proble-

ma— entre Laín Entralgo y Calvo Sereno, más cercanas al entorno universitario, las noticias sobre manifestaciones y enfrentamientos en la Universidad de Madrid.

Y, cómo no, la vibración con que participábamos en nuestras propias aventuras: las huelgas, declaradas por motivos fútiles —el aumento del precio de los tranvías—, pero en cuyo fondo aleteaban, aunque fuera confusamente, inquietudes más profundas; la cabalgata bufa con la que intentábamos precipitar la inauguración de la antigua Fábrica de Tabacos convertida en nuestra sede de la Universidad, pero que acabó en desbandada al cargar la policía; las carreras —unos meses más tarde— cuando, al perseverar de la huelga, las fuerzas de seguridad se vieron incrementadas con refuerzos a caballo y el golpetear de las herraduras lanzadas al galope daba agilidad incluso a los estudiantes que no practicábamos deporte alguno... Había en todo ello mucho de juego e incluso de chiquillada, pero de un juego a través del cual nuestra generación iba asomándose al mundo de la convivencia social y de las decisiones o tareas colectivas.

El Colegio Mayor Guadaira

Un tercer ámbito completa el entorno de mi formación en esa época: el Colegio Mayor Guadaira, que tenía entonces su sede en un edificio de la calle Canalejas, ejemplar típico de la arquitectura al estilo de Aníbal González, por desgracia derruido en años posteriores. Aunque lo había visitado anteriormente de forma esporádica, fue a partir de los últimos meses del tercer curso de derecho o de los primeros del cuarto cuando comencé a frecuentarlo con asiduidad. Allí encontré dos grandes personalidades, los profesores Jesús Arellano y Vicente Rodríguez Casado, y, sobre todo, un espíritu, el del Opus Dei, que caló en mí hasta conformar definitivamente el rumbo de mi existencia.

Me atrajeron hacia Guadaira el ambiente cordial, el tono humano, las preocupaciones culturales, y el sentido cristiano que ahí se respiraban. En un amplio salón, situado junto a la entrada, a mano izquierda, y habilitado, cuando llegaba el momento, como sala de conferencias, tuve ocasión de escuchar a diversas figuras de aquel entonces. Pero mi memoria evoca sobre todo otro salón, situado algo más allá y más pequeño en dimensiones, al que designábamos como el «salón rojo», por estar decorado con cortinas y tapicería de ese color. Allí nos reuníamos, periódicamente, un grupo de universitarios de diversas facultades, para hablar y discutir, animada y libremente, sobre los temas más variados.

Participaba también don Jesús Arellano, que nos dejaba hablar, intercambiando alguna pregunta o comentario que encauzara el diálogo o también, cuando se ofrecía la ocasión, pasando él a primer plano para llevar la conversación hasta su término. Recuerdo un día en el que hablábamos de la incidencia de la fe cristiana en la historia. Se emitían pareceres, juicios, valoraciones y se intentaba precisar cuál debería ser la actitud del cristiano ante el acontecer histórico. Don Jesús tomó la palabra. «¿Recordáis —preguntó— la carta de San Pablo a Filemón?» La fue comentando detenidamente, para mostrar cómo el espíritu cristiano debe informar, y, en su caso, transformar la sociedad desde dentro, es decir, aportando cada cristiano con el propio existir toda la savia del Evangelio, lo que reclama que previamente ese Evangelio se haya convertido en vida de quienes lo profesan.

Estas conversaciones se fundían, en el ambiente general del Colegio Mayor, con charlas más o menos intrascendentes, con tiempo transcurrido en la vela de estudio, con gestos de compañerismo, con ratos de juego o de deporte, con visitas al oratorio, con la lectura y meditación de puntos de *Camino*. Todo encontraba sintonías en la fe que había aprendido y vivido desde niño y a la vez me ayudaba a descubrir horizontes nuevos que, como ya dije antes, acabaron por orientar mi futuro.

La figura de don Vicente

En ese contexto se sitúa, para mí, la figura de don Vicente Rodríguez Casado. Si tuviera que escoger un rasgo que definiera su personalidad, escogería, sin duda alguna —y pienso que en esto coincidirán conmigo todos los que le conocieron—, la comunicatividad. La exuberancia de su temperamento, y de su misma contextura física, su risa sonora y casi constante, su capacidad para gastar bromas (y para recibirlas) hacían que, incluso un instante después de haberle conocido, se sintiera uno en familia, arrastrado por una corriente de simpatía a la que resultaba difícil, e incluso imposible, resistir. Le gustaba compartir su tiempo con los residentes y los otros universitarios que acudían a la calle Canalejas, charlar, provocarnos con sus frases y sus bromas, creando un ambiente de amistad que, sin menoscabo del respeto que reclamaba la diferencia de edad y de situaciones, daba lugar a una verdadera camaradería.

Precisamente por ello, mis recuerdos más vivos no hacen referencia a grandes sucesos sino a retazos de un convivir sencillo: conversaciones informales en el *hall* del Colegio Mayor; partidos de pelota, jugados, medio

en serio medio en chanza, en un porticado que, cerrando el jardín, se prestaba a hacer las veces de frontón; paseos en el *Buick* (o *Hispano Suiza*, no recuerdo bien) de modelo antiguo y grandes proporciones, del que don Vicente disponía por su cargo en la Universidad y en el que solía situarse en uno de los asientos de atrás para, desde allí, hablar y bromear con los cuatro, cinco o incluso seis estudiantes que llenábamos el resto de los asientos...

Pero, si al pensar sobre Vicente Rodríguez Casado, lo primero que viene a la memoria es su honda humanidad, no puede olvidarse que fue un gran historiador, y un historiador al que gustaban no sólo el análisis de documentos y la verificación de datos, sino también los intentos de interpretación y de síntesis. Su conversación era variada y sugerente. De uno de esos diálogos proviene una frase, breve e incluso sencilla, pero que tuvo fuerte influencia en mi itinerario intelectual. Pocos días antes había yo terminado de leer el ensayo de Nicolás Berdiaev sobre *Una nueva Edad Media*; conversando con don Vicente—mientras caminábamos, si no recuerdo mal, por las cercanías del Colegio Mayor Guadaira— me referí a la obra del pensador ruso y a alguna de las tesis que desarrolla. «No olvides, José Luis—comentó en cierto momento— que los españoles no tenemos necesidad de remontarnos a la Edad Media, porque hemos conocido en nuestra historia otro periodo igualmente rico y cristiano: el Barroco.»

Varias veces, en aquellos días, y después, volví sobre estas palabras. Vi en ellas no sólo una invitación a pensar autónomamente, nutrido por mi propia tradición cultural, sino también una denuncia de esa simplificación de la historia a la que han tendido y tienden algunos filones del tradicionalismo; es decir, la visión del acontecer posterior a Cristo como un proceso de cristianización de la cultura que culmina en la Edad Media para iniciar a partir de ese momento una etapa de decadencia y de crisis. La historia es más compleja y no se deja reducir a esquemas tan elementales. La fe cristiana no ha informado una sola coyuntura histórico-cultural, sino muchas. El cristiano de nuestros días no tiene por qué dirigir su mirada a una sola experiencia del pasado, sino a una amplia gama de realizaciones, para, presuponiéndolas, enfrentarse con el propio tiempo a fin de acuñar, con creatividad, formas y experiencias nuevas.

En la primavera de 1956 pasé unos días en la Universidad de la Rábida, en unas jornadas de convivencia y estudio con otros universitarios, pero no tuve ocasión de participar en los cursos de verano. Por eso, si bien, además de las ya mencionadas, mantuve otras relaciones con Vicente Rodríguez Casado, se desarrollaron no en su condición de Rector y alma de la

Universidad de la Rábida, sino en la de Director de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Para describirlas será necesario volver a evocar el ambiente de la Universidad de Sevilla, al que ya antes me refería.

La revista «Pasarela»

El SEU, en la etapa reformista que entonces atravesaba, promovió no sólo un cine-club, sino también, como es natural, otras actividades. Entre ellas, una debe ser aquí mencionada: una revista universitaria, que nació con el deseo de constituirse en plataforma para la expresión de cuantos, en las aulas hispalenses, sintieran inquietudes y preocupaciones culturales. No obstante, al hilo de los acontecimientos políticos, quienes la dirigían se fueron cerrando sobre sí mismos y excluyendo de las páginas de la revista a cuantos no compartieran estrictamente su concreta orientación ideológica.

A quienes, de esa forma, nos vimos privados de la posibilidad de entrar en el diálogo con nuestros compañeros, se nos planteó un dilema: aceptar los hechos y dejarnos confinar en un cómodo pero obligado silencio, o bien dar vida, por cuenta nuestra, a otros cauces de expresión. Siendo jóvenes, como lo éramos, esta segunda solución se imponía. Pero, ¿dónde encontrar algún apoyo?, ya que unos estudiantes, en la España de los años cincuenta, tenían, por sí solos, muy escasas posibilidades de acción. El nombre de don Vicente Rodríguez Casado surgió enseguida: su disponibilidad y su capacidad de acogida para toda iniciativa universitaria eran proverbiales, y la dirección de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos le dotaba de medios para hacer que esas cualidades pudieran resultar efectivas.

Hablamos con él, y nuestras esperanzas no quedaron defraudadas: puso a nuestra disposición no sólo los locales de la Escuela (siempre, claro está, que respetáramos el horario ocupado por sus actividades ordinarias), sino también la imprenta de que la Escuela disponía, lo que nos permitiría imprimir, a precio de costo, el material que pudiéramos necesitar. Animados con esta acogida, buscamos otras ayudas y pusimos manos a la obra. No pasó mucho tiempo sin que algunos días, al caer la tarde, la sala de lectura de la Escuela —debidamente acondicionada— se viera convertida, por unas horas, en salón de proyecciones cinematográficas; mientras que, otros días, una sala de conferencias nos permitió ofrecer diversas sesiones de teatro leído (Paul Claudel, T.S. Eliot, J.B. Priestley...). Ernesto Juliá, Rafael González Sandino, Ramón Cercós, José Luis Tafur y otros muchos compañeros

de universidad gastamos largas horas en tareas variadas, que iban desde la elección de textos y la preparación de programas hasta los ensayos teatrales, pasando por la labor, más prosaica pero necesaria, de trasladar sillas o acomodar locales.

La posibilidad de ir más allá y lanzar una revista universitaria nos tentó desde el principio, máxime al contar con una imprenta que podría editarla a costo reducido. De hecho acabamos sacándola a la calle en mayo de 1956. Después de diversas cavilaciones, habíamos escogido por nombre el de *Pasarela*, que evocaba una de las plazas situadas junto al antiguo edificio de la Fábrica de Tabacos, al que, por esas fechas, ya se había trasladado la Universidad. Cuando estábamos terminando de pergeñar el primer número de la revista, vino a Sevilla Godofredo Ortega y Muñoz, a fin de presentar una exposición de sus cuadros, que iba a celebrarse precisamente en la Escuela de Estudios Hispano-Americanos.

Contando con la anuencia de don Vicente Rodríguez Casado, nos dirigimos a él para pedirle que tuviera la amabilidad de escribir, con trazos gruesos, la palabra «Pasarela», a fin de utilizarla como mancheta para la revista, y, más aún, la de entregarnos algún dibujo. Accedió a ambas peticiones, y el primer número de *Pasarela* apareció ornada con la caligrafía del gran paisajista extremeño, y con uno de sus dibujos en portada: un borrico. Ahí, dicho sea de paso, publiqué el primero de mis artículos, precisamente una reflexión sobre uno de esos temas acerca de los que todo estudiante se siente en un momento u otro invitado, ingenua y audazmente, a pronunciarse: el espíritu de la institución universitaria.

Las representaciones de teatro

El eco que tuvieron la revista, las representaciones de teatro leído y las sesiones de cine nos animó a intentar otras empresas. Llegó entonces a nuestros oídos —no recuerdo con exactitud por qué vías, aunque me parece que fue a través del entonces joven investigador de Madrid Vicente Cacho Viu, con quien habíamos trabado amistad poco antes— que un actor, entonces en el comienzo de su carrera, pero ya conocido, Adolfo Marsillach, deseaba realizar una gira por diversas ciudades y que estaba buscando grupos universitarios o instituciones análogas que le ayudaran a llevar a cabo ese proyecto. Nos pusimos en contacto con él, y llegamos a un acuerdo: pasaría por Sevilla, para representar dos piezas breves, una de Pirandello y otra de Julien Green. Fue necesario buscar locales —las

salas de la Escuela de Estudios Hispano-americanos eran, obviamente, inadecuadas para ese fin— y encontramos acogida en el teatro del Instituto Murillo, y por tanto junto a una de las zonas más bonitas de Sevilla: el Parque de María Luisa.

La presentación fue un éxito, aunque una vez terminada, y mientras se desmontaba la tramoya, pasamos unos momentos de apuro: no habíamos realizado bien los cálculos económicos y, al hacer balance ya acabada la sesión, vimos que nos habíamos quedado algo por debajo de la cantidad convenida con Adolfo Marsillach; no mucho, pero lo suficiente para plantear un problema a un grupo de estudiantes, sobre todo ya al filo de la medianoche. Le propusimos a Marsillach que nos concediera un día de espera de modo que pudiéramos girarle la cantidad que faltaba, pero el actor se mostró inflexible: también él andaba escaso de dinero y, teniendo en cuenta que se detenía poco tiempo en cada ciudad, no podía estar pendiente del correo. Nos miramos unos a otros. ¿Qué hacer? ¿Acudir a don Vicente? No nos pareció propio. ¿Qué otra solución cabía? Pensé en mi padre, y nos dirigimos hacia mi casa. A pesar de la hora destemplada en que lo sacamos de la cama, comprendió nuestra situación, esbozó una sonrisa y nos adelantó lo necesario para salir del atolladero.

De Sevilla a Roma

Cuando, durante el periodo de preparación del primer número de *Pasarela*, iniciamos las conversaciones con la imprenta de la Escuela, el encargado comentó: «Han escogido ustedes un título muy largo: no les va a resultar fácil hacer frente a ese reto.» Nos contó entonces que era tradición entre las imprentas —al menos, entre las imprentas que trataban con asuntos universitarios— considerar que una revista llegaba a la mayoría de edad cuando conseguía publicar tantos números como letras tenía su título, lo que —añadió— aconsejaba usar títulos cortos, para garantizar así la celebración del acontecimiento. A pesar de ese comentario, decidimos mantener el título previsto: todo menos un gesto que pudiera significar desánimo.

La verdad es, sin embargo, que su advertencia no estaba exenta de filosofía: la vida del universitario es breve —lo que duran los estudios— y sus iniciativas están por tanto sujetas a fuertes vaivenes. De hecho, a finales del curso 1955-56 varios de los que habíamos animado esos proyectos concluimos nuestra carrera y nos dispersamos en diversas direcciones. Por mi parte, no sólo dejé Sevilla sino también los estudios jurídicos cambiándo-

los por los teológicos, para iniciar una andadura que me llevó a la ordenación sacerdotal y a mi actual condición de profesor de Teología.

Concretamente, en el otoño de 1956, salí de Sevilla rumbo a Roma. Atrás quedaban varios años de mi vida y una página más, entre otras de mucho mayor raigambre y relieve, de la historia de la Universidad sevillana. Frente a mí una estancia en Roma, que acabó siendo larga: doce años. Otro ambiente, otras tareas, otras experiencias. Y una oportunidad excepcional: la de conocer y tratar personalmente a Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, percibiendo en su misma fuente ese espíritu del Opus Dei que me había atraído a través de la vida en el Colegio Mayor Guadaira y de quienes lo animaban.

Mis últimos encuentros con Rodríguez Casado

Desde que marché a Roma, mis visitas a Andalucía, aunque no han faltado, han sido de ordinario breves. Y lo mismo ha ocurrido respecto a los encuentros con Vicente Rodríguez Casado. A dos de esos encuentros — mejor, a tres, pues uno de ellos se desarrolla en dos fases— quisiera no obstante hacer referencia.

El primero tuvo lugar en Roma, bastantes años después de mi marcha de Sevilla. Un día, al regresar al edificio de la calle de Bruno Buozzi en la que vivía, encontré en el vestíbulo, sentado en un sofá, a alguien que era sin duda don Vicente... aunque con veinte o treinta kilos menos. Nos saludamos con los sentimientos que acompañan a quienes llevan tiempo sin verse. En ese saludo, y en la conversación que siguió, pude confirmar lo que había sido la impresión primera: estaba ante don Vicente, pero un don Vicente que no era el mismo, pues le faltaba algo —e incluso bastante— de su vitalidad. Un año o dos más tarde, le encontré de nuevo, esta vez en Madrid. Los médicos habían reconocido su error y suprimido la fuerte dieta a la que le sometieron durante un tiempo. Don Vicente había vuelto a ser el de siempre... en figura y en manera de comportarse: jovial, bromista, bullanguero. Su personalidad reclamaba una humanidad que, también en lo físico, estuviera a su altura.

La fecha del tercer encuentro es más reciente: febrero de 1990. Junto con otros profesores de la Universidad de Navarra, había acudido a Madrid para participar en unas jornadas sobre las relaciones entre cultura y cristianismo, convocadas por la Conferencia Episcopal Española y celebradas en los locales de la Fundación Pablo VI. Al concluir los trabajos de la primera

mañana, decidí ir a descansar un rato en un Centro del Opus Dei situado en las cercanías. Llegué cuando quienes allí habitaban habían terminado de comer y estaban en la sala de estar, en un rato de tertulia. Entre ellos estaba don Vicente. No sabía que vivía allí, por lo que el encuentro fue doblemente agradable. En su rostro y en sus ademanes se dejaba notar el paso de los años, pero mantenía el espíritu joven. Me preguntó por las jornadas que se estaban celebrando, por mi trabajo en la Facultad de Teología de Pamplona y por otros muchos temas. Cuando los demás dejaron la sala, seguimos conversando un rato a solas recordando y evocando antiguos sucesos, hasta que llegó el momento de despedirme para incorporarme a la reunión que me había traído a Madrid. Fue nuestro último encuentro.

Cuando en la mañana del 3 de septiembre de 1990 uno de mis colegas de la Facultad me dio la noticia de su fallecimiento, comencé a rezar por él; al mismo tiempo, acudieron a mi memoria diversos recuerdos: más o menos, los mismos que ahora acabo de consignar, porque son esos hechos y esas imprevisiones los que están más grabados en mi memoria. Quizás, al leerlos, alguien pueda pensar que todo ello, más que a Vicente Rodríguez Casado, se refiere a mí mismo, a la huella que en mí dejaron algunos sucesos que viví en la Sevilla de los años cincuenta. No voy a negar que eso sea cierto, ya que no veo en ello una objeción, sino todo lo contrario, porque a fin de cuentas Vicente Rodríguez Casado, y con él otros muchos —el Fundador del Opus Dei, Jesús Arellano, mi propio padre...— soñaron precisamente con eso: con vivir de manera que dejaran huella no sólo en las crónicas y en los libros, sino también, y sobre todo, en las generaciones que les sucedieran.